

LUISA.

También, aunque no debía.

CARLOS.

¡Cielos, qué felicidad!

Permitid....

LUISA.

Dejad extremos,

y con tal que nos amemos  
bendeciré mi bondad.

CARLOS.

Os juro....

LUISA.

Callad ingrato;

que sin que juréis os creo;  
y en prueba daros deseo  
el consabido retrato.

CARLOS.

Será talismán á veces  
en favor de mi deber.

LUISA.

Venid pues.

TOMASA.

Al fin mujer

mucho ruido y pocas nueces.  
Y no hay ninguna por más  
ofendida que se crea,  
que si no la llaman fea  
no perdone lo demás.



## ACTO TERCERO.

### ESCENA I.

DON CARLOS, Y PERICO.

CARLOS.

¿Perico?

PERICO.

¿Señor?

CARLOS.

Ven pronto.

PERICO.

Aquí estoy.

CARLOS.

Mira hombre, mira  
el retrato prometido  
de mi idolatrada Luisa.

PERICO.

¿El de los diamantes?

CARLOS.

Si,  
el mismo.

PERICO.

¡Jesus que dicha!

CARLOS.

¡Repara que lindos ojos!

PERICO.

¡Qué gordos que són!

CARLOS.

¡Qué pupilas  
tan negras!

PERICO.

Por poco más  
como el puño

CARLOS.

Tú deliras

PERICO.

No tal.

CARLOS.

¿Pues dime qué dices?

PERICO.

Dígame usted que decía.

CARLOS.

Yo de sus ojos hablaba,

PERICO.

Yo de sus diamantes.

CARLOS.

Quita,  
botarate, y con tus chistes  
no distraigas la delicia  
que me enajena al mirarla.  
¡Ay qué boca! ¡Qué sonrisa!  
¿Perico?

PERICO.

¿Señor?

CARLOS.

Te juro  
que jamas la vi tan linda  
como ahora.

PERICO.

Ya ve usted, siempre  
una mujer que se pinta,  
vale más que sin pintar.

CARLOS.

Es que está muy parecida  
y con todo...yo la encuentro  
un no sé que...

PERICO.

Si: la misma  
cosa me sucede á mi.

CARLOS.

¿Y te agrada?

PERICO.

Y maravilla

CARLOS.

¿Qué la encuentras? vaya, dilo.

PERICO.

Lo que puso el diamantista.

CARLOS.

¡Maldito seas!

PERICO.

¿Pues acaso  
brillaba lo que ahora brilla?

CARLOS.

Si tú vieras qué enfadada  
conmigo estaba Luisita,  
y qué trabajo, Perico,  
me ha costado reducirla,  
te admirara.

PERICO.

Lo supongo.

CARLOS.

Pero al fin, dos lagrimitas  
á tiempo y cuatro razones  
de las que llaman bien dichas,  
pudieron más que su enojo,

PERICO.

Vaya, que también habría  
su juramentito al canto,

CARLOS.

Si lo hubo.

PERICO.

Cosa precisa;  
porque en la Ermita de Amor,  
después de pasadas riñas,  
si los votos se colgaran  
fuera almacén y no hermita

CARLOS.

Juré dejar para siempre  
el juego.

PERICO.

Y también las citas,  
las bromas, las francachelas  
y lo demás.

CARLOS.

También.

PERICO.

¡Viva!

Bueno es que con el autor  
se vaya la compañía.

CARLOS.

Ea, Perico, vida nueva,  
sin esperar la otra vida.

PERICO.

¡Vaya en gracia!

CARLOS.

Los principios  
siempre se harán cuesta arriba,

no hay remedio; porque al cabo las horas que entretenía en el juego, será fuerza ocuparlas de distinta manera.

PERICO.

Pues ya se ve.

CARLOS.

Escucha. Yo no leía jamás; pero determino leer dos veces cada día desde ahora.

PERICO.

¡Bien hecho!

CARLOS.

El Diario

caerá por la mañanita, y la gaceta después de cenar.

PERICO.

¡Bravo!

CARLOS.

En seguida

emprenderemos algún estudio útil, que nos sirva, y nos deleite: verbigracia el ajedrez.

PERICO.

¡Qué maldita inclinación! ¿Otro juego?

CARLOS.

Si; pero se necesita para jugarlo, saber un poco de Astrología

PERICO.

¡Lindo estudio para un novio!

CARLOS.

En fin, Perico, mi vida pasará gustosamente en teatro, café ó visitas, y si acaso sobra tiempo, para eso tengo la dicha de casarme.

PERICO.

Siempre os quedan los placeres de familia.

CARLOS.

¿Quién lo duda? Los chiquillos no siempre lloran ni gritan; también dan sus buenos ratos.

PERICO.

¡Muy buenos!

CARLOS.

Ya se imagina mi cariño que los vé trepar por mesas y sillas, romper cristales, tirar pedradas, cantar la pía,

ó revolcarse, ensuciarse  
y descalabrarse.

PERICO.

¡Linda  
perpesctiva!

CARLOS.

De mi esposa  
nada digo: sus caricias,  
á la par de sus encantos,  
aumentarán á medida  
de los años... sí, no hay duda  
aumentarán.

PERICO.

Exquisitas  
novedades

CARLOS.

Por lo mismo  
diremos en resumidas  
cuentas, que por ella sólo  
logro la quietud perdida.  
Y tú, seductora imagen  
de mujer tan peregrina  
ven, y nunca te separes  
de mí: los labios impriman  
mil besos, y luego el seno  
de digno templo te sirva.

PERICO.

Conque ya ¿no sale de ahí?

CARLOS.

Primero me moriría,

PERICO.

¿Ni tampoco jugáis más?

CARLOS.

Di mi palabra, y cumplirla  
sabré.

PERICO.

Pues á buen tiempo  
llega aquel camaradita  
de antaño.

CARLOS.

¿Qnien?

PERICO.

Don Jacinto.

CARLOS.

Si, pues viene de perilla.

## ESCENA II.

DICHOS Y DON JACINTO.

CARLOS.

¡Jacinto!

JACINTO.

Adiós chico mio.

CARLOS.

Con cuidado me tenias:  
como no te he visto anoche  
en casa de doña Rita,  
pensé que estabas eniermo.

JACINTO.

¡Ojalá!

CARLOS.

Pues qué desdicha  
te ha sucedido?

JACINTO.

¿No sabes  
mi catástrofe?

CARLOS.

No.

JACINTO.

Pues admira  
mi desgracia. Antes de anoche  
me mataron.

PERICO

¡Virgen mía!

CARLOS.

¿No es más que eso?

JACINTO.

¿Te parece  
poco?

CARLOS.

¡Valiente pamplina!  
Pues, hombre, si me parara  
en tamañas tonterías,  
también debiera quejarme.

JACINTO.

¿Tronaste?

CARLOS.

En regla.

JACINTO.

¿Y con risa  
me lo dices?

CARLOS

Si por cierto:  
las almas grandes no chistan  
cuando se quedan sin blanca.

JACINTO.

Caramba ¡Y yo que venía...  
pero cuéntame á lo menos  
tu entierro.

CARLOS.

Fué una maldita  
sota, que en negarse dió,  
y yo tuve la manía  
de quebrar; pero, Jacinto,  
no ví otro tanto en mi vida:  
diez albures y tres gallos  
perdí seguidos.

JACINTO.

¿Y mira,  
quién tallaba?

CARLOS.

El italiano  
de las gafas.

JACINTO.

Lagartija  
igual, con dificultad  
se encuentran en la Greguería.

CARLOS.

Paciencia. Así como así  
es la última vez.

JACINTO.

No finjas

CARLOS.

Es el caso que al fin tomo  
estado.

JACINTO.

¿Tú?

CARLOS.

Mi familia  
se empeña....

JACINTO.

Pues, majadero,  
te cayó la lotería.

CARLOS.

No tal, que mi novia es joven.

JACINTO.

Ya será vieja.

CARLOS.

Y bonita.

JACINTO.

Ya será vieja.

CARLOS.

Y la adoro.

JACINTO.

Ya será vieja.

CARLOS.

Y muy rica.

JACINTO.

Eso sí que no envejece:  
lo demás es mercancía  
cuya moda pasa pronto,  
y se arrincona en seguida.

CARLOS.

Por lo mismo estoy resuelto  
á no tomar en mis días  
la baraja.

JACINTO.

¿Ni apuntar?

CARLOS.

Menos: no vez que podía  
perder la dote.

JACINTO.

Es muy cierto,  
y según la recibida  
opinión, nadie jugar  
debiera sin la precisa  
condición de no tener  
que perder.

PERICO.

La maximita, (*aparte*)  
cuán ventajoso es el juego  
á lo menos nos indica!

JACINTO.

Conque según eso Carlos,  
¿no querrás ver la partida  
que desde hoy se ha establecido  
en casa de aquella prima  
que tuvo don Sisebuto?

CARLOS.

Nada de juego me digas,  
y dí: ¿quien talla?

JACINTO.

Don Pedro.

CARLOS.

¿Aquel de caballería?

JACINTO.

El mismo.

CARLOS.

¡Voto va sanés!  
y yo le tengo cogida  
la suerte de un modo, que . . .  
vaya no se verifica  
vez que le apunte, que no  
le desbanque.

JACINTO.

¡Hombre; qué dicha!

CARLOS.

¿No ves que está enamorado  
de aquella muchacha bizca  
sobrina del Racionero,  
y por hacerla señitas  
y muecas y carantoñas,  
se entretiene y se descuida,  
y da siempre un juego eterno?

JACINTO.

Entonces no es maravilla  
que le ganen.

CARLOS.

Por supuesto:  
¿y cuánto pone?

JACINTO.

Cien lindas  
medallas.

PERICO.

Y muy devotas. (*aparte*)

CARLOS.

¡Cáspita, qué bien vendrían!

JACINTO.

¿No te tientas?

CARLOS.

Hombre . . . no,  
no me atrevo, y ganaría  
indudablemente.

JACINTO.

¿Tienes  
corazonada?

CARLOS.

Muy fija.

JACINTO.

Pues haces hombre, muy mal  
que á la fortuna la pintan  
calva, y nunca hay disculpa  
para el que la desperdicia.

CARLOS.

Ya se vé; pero he jurado  
ahora mismo....

JACINTO.

¡Tonterías!

CARLOS.

Luego mi novia si llega  
á saberlo....

JACINTO.

Gran salida

Carlos por cierto tendrás  
esa frente echando chispas.  
¿Cómo quieres, botarate,  
que una linda señorita  
en vísperas de casarse  
piense en su novio? La niña  
harto tiene en que pensar  
con saber si su modista

la hace el vestido de boda  
á la virgen: si las cintas  
han de guarnecer á tablas,  
ó si se pone cotilla:  
así apuesto mi cabeza  
á que nunca lo sabía.

CARLOS.

Con todo, chico, no quiero  
exponerme.

JACINTO.

Cobardía.

CARLOS.

Además, no tengo uu cuarto.

JACINTO.

Eso es peor,

CARLOS.

Ni caspicias  
me quedaron ayer noche.

JACINTO.

¡Qué diablura!

CARLOS

Y yo tenia  
seguridad de ganar.

JACINTO.

Ya se vé que ganarías.

CARLOS.

¡Voto á!... ¿Perico?

PERICO.

¿Señor?

CARLOS.

¿Te queda alguna reliquia  
de tus salarios cobrados?

PERICO.

Señor, por santa Cecilia,  
si hace diez meses que no  
se me pagan.

CARLOS.

¿No podías  
tener de estrangis algún  
dinero, y . . . ?

PERICO.

Para cerilla  
lo quisiera, si no fuera  
porque me acuesto de día

CARLOS.

¿Y tú, Jacinto, no tienes?

JACINTO.

Precisamente venía  
á que me armases.

CARLOS.

Pues hombre  
el juego nos perjudica,  
más vale que no juguemos.

JACINTO.

¡Qué lastima de partida!

CARLOS.

¡Qué dolor de cien medallas!

PERICO.

¡Qué conversión tan divina! *(aparte)*

### ESCENA III.

DON SIMEON y *dichos*.

SIMEON.

Señores, santos y buenos  
días.

CARLOS.

¡Jesús qué visita!  
¿don Simeón?

JACINTO.

¿Quién es éste? *(en voz baja.)*

CARLOS.

Un usurero. *(en voz baja)*

JACINTO.

Una silla *(á Perico)*  
al señor.

CARLOS.

Siéntese usted.

JACINTO.

Cúbrase usted.

SIMEON.

No debía,  
pero supuesto que ustedes  
me lo permiten . . .

CARLOS.

¡Qué fibra  
tan robusta la de usted!  
¡qué colores! ¡qué barriga!  
vaya, no hay como tener  
una conciencia tranquila,  
para engordar como un turco.

SIMEON.

Es verdad.

CARLOS.

Nadie os daría,  
según lo fuerte que estáis,  
de cuarenta años arriba.

SIMEON.

Pues ya tengo mis tres duros  
más que menos.

PERICO.

Su avaricia (*aparte*)  
se conoce hasta en el modo  
con que cuenta su edad misma.

CARLOS.

Pero hablando de otra cosa  
dígame vd. por su vida,  
¿qué casualidad le trae  
por estos barrios?

SIMEON.

Creía  
que vd. me necesitaba,  
y Periquillo . . .

CARLOS.

A fé mia  
que tenéis mucha razón:  
ya lo olvidaba

SIMEON.

Y . . . como iba  
diciendo, el tal Periquillo  
me metió tan grande prisa,  
que luego que despaché  
mi misa en la Buena-dicha,  
he venido para ver  
lo que me queréis.

CARLOS.

Tenía  
cierto proyecto pero . . .

JACINTO.

¿Era (*aparte*)  
dinerillo?

CARLOS.

Lo adivinas.

JACINTO.

Pues no puede venir nunca  
más á pelo.

CARLOS.

Tú me incitas  
de un modo, que....

JACINTO.

Vamos, hombre.  
es fuerza que te decidas.

CARLOS.

La partida es tentadora.

JACINTO.

No puede ser más bonita.

CARLOS.

¡Y luego talla don Pedro!

JACINTO.

A quien tú siempre le arruinas.

CARLOS.

Ea, pues, escrúpulos fuera.

PEEICO.

¿En qué pararán las misas? (*aparte*)

CARLOS.

Sepa vd. don Simeón  
que yo necesitaría  
unos cien doblones.

SIMEON.

Bueno.

CARLOS.

Si vd. me los facilita  
en los términos sabidos,  
cuenta vd. con....

SIMEON.

Vuestra firma  
señor don Carlos me basta

CARLOS.

Así no se necesita  
prenda alguna, como dijo  
ese necio.

SIMEON.

Vd. me humilla:  
yo no soy ningún prendero  
para tomar baratijas,  
ni trapajos: no señor,  
si á veces tengo la dicha  
de que algunos caballeros  
de mi bolsillo se sirvan,  
es sólo por complacerlos.  
Verdad es que las malicias  
del siglo me han obligado  
á tomar ciertas medidas  
de precaución, que aseguren  
las cantidades debidas,  
por ejemplo: nunca presto  
á nadie sin la precisa  
condición de que me entregue  
antes de todo, y por vía  
de depósito, ya sea  
alguna joya, ó vajilla  
de plata vieja, ó diamantes  
usados, ó....

CARLOS.

No prosiga  
usted que ya comprendemos  
vuestras generosas miras;  
pero es el caso que yo  
no tengo esas alhajillas  
que usted exige, y....

SIMEON.

Pues cuando  
usted las tenga, me avisa,  
y velveré.

CARLOS.

Don Simeón,  
mire usted que me asesina  
si no me presta el dinero.

SIMEON.

Ay don Carlos no me aflija  
vd. que si lo tuviera  
de buena gana lo haría.

CARLOS.

Esfuércese vd.

SIMEON.

No puedo.

CARLOS.

¿Quiere vd. que de rodillas  
me ponga?

SIMEÓN.

Será lo mismo.  
que si usted se sacrifica,

CARLOS.

Hombre: ¿qué hago?

JACINTO.

¿Qué has de hacer,  
si no puedes la avaricia  
contentar de este demonio?

CARLOS.

Lo que es poder, bien podía  
si me atreviese; pero....

JACINTO.

¡Oígal  
¿te queda alguna sortija  
trasconejada?

CARLOS.

Me queda  
la imagen de mi querida,  
guarnecida de diamantes.

JACINTO.

Vaya, vaya, eso es mentira.

CARLOS.

Mírala.

SIMEÓN.

Con que don Carlos,  
tengo, por cierto, una cita,  
y es fuerza....

CARLOS.

Soy con usted  
al instante. ¿Y tú qué harías  
en mi lugar?

JACINTO.

Lo empeñaba,

CARLOS.

Ello es una villanía.

JACINTO.

No hay duda; pero el dinero  
urge tanto....

CARLOS.

Esa partida  
promete tales ganancias....

JACINTO.

Y tú que tienes cogida  
la suerte del susodicho.

CARLOS.

No puede ser: me moría  
de vergüenza, si supiesen  
semejante bastardia.

SIMEÓN.

Señores, hasta más ver.

CARLOS.

Espere usted por San Dimas,  
tan siquiera dos minutos.

SIMEÓN.

Bien; pero ya es mediodía:  
así despáchese usted.

JACINTO.

Yo no encuentro otra salida. *(bajo á  
Carlos.*

CARLOS.

Pero hombre dar un retrato  
de mi adorada Luisa....

JACINTO.

¿Y acaso la quieres menos  
por eso?

CARLOS.

Más que á mi vida.

JACINTO.

Luego ¿quién sabe si dentro  
de media hora te hallarías  
en fondos, y rescatabas  
entonces á tu cautiva?

CARLOS.

¿Dentro de media hora?

JACINTO.

Pues:

conque se den tres judias  
ó tres contrajudias, basta.

CARLOS.

Es cierto, y me vaticina  
el corazón, que muy presto  
voy á salir de fatigas.  
Tome usted don Simeón,  
entérese bien, y diga  
si prestar sobre tal joya  
á su interés perjudica.

SIMEÓN.

No señor: nada se arriesga  
con tamaña garantía.

CARLOS.

Pues venga pronto el dinero.

SIMEÓN.

Cabalmente lo traía  
contado y todito en oro.  
¿Y el recibo?

CARLOS.

¡Alma mezquina!  
os lo enviaré con Perico.

SIMEÓN.

Como vd. guste. ¡Ay, benditas  
ánimas del purgatorio!  
la mañana no es perdida:  
voy á pagar por vosotras  
de á columnaria dos misas.

#### ESCENA IV.

DICHOS MENOS, DON SIMEON.

PERICO.

¿Y tiene usted corazón  
para....?

CARLOS.

¡Calla! ¿Me predicas?  
¿quieres apostar Perico  
que te rompo una costilla?

PERICO.

De conversiones tan caras  
no busco la nombradía.

JACINTO.

¿Con que vamos?

CARLOS.

Vamos, pues,

PERICO.

¿Y si nuestra Señorita  
preguntase por vd.?

CARLOS.

Díla cualquier cosa... díla  
que he ido... donde tú quieras,  
aunque sea á la Vicaría.

JACINTO.

Vamos

PERICO.

¡Ay Dios! vuestro tío.

CARLOS.

Cayóse la casa encima.

#### ESCENA V.

DICHOS Y DON MANUEL

MANUEL.

¿Dónde vas?

CARLOS.

Tengo un negocio  
tan preciso, que me obliga  
á salir sin detenerme.

MANUEL.

¿Pero di cuál es?

CARLOS.

Permita.

Usted que guarde el silencio  
sólo hasta mi vuelta.

JACINTO.

Mira.

que son ya las doce y media.

CARLOS.

Con licencia de vd.

MANUEL.

¿Cita

tenemos?

CARLOS.

No es cita....pero  
como estoy algo de prisa....  
Perico puede deciros  
lo mismo que yo os diría.

## ESCENA VI.

DON MANUEL Y PERICO.

MANUEL.

¿Quiere vd. señor Perico  
explicarme tal enigma?

PERICO.

¿Yo, que sé?

MANUEL.

¿Pues no me acaban  
de decir que lo sabias?

PERICO.

Ya ¡Pero como es secreto  
de importancia....!

MANUEL.

¡Qué pamplina  
de secreto ni qué alforjas!  
Vamos.

PERICO.

Ninguna mentira (*aparte*)  
se me ocurre de provecho.

MANUEL.

¿Despachas?

PERICO.

Dios me ilumina. (*aparte*)  
Pues señor....pero por Dios  
no lo sepa doña Luisa.

MANUEL.

No lo sabrá: vaya, dilo.

PERICO.

No sea que luego me riñan.

MANUEL.

No te reñirán: ¿dónde ha ido?

PERICO.

En casa de un retratista.

MANUEL.

¿A qué?

PERICO.

¡Toma! á retratarse.  
Es una galanteria  
con que quiere sorprender  
á su novia.

MANUEL.

¿No decia  
que se hallaba sin dinero?

PERICO.

Cierto: mas yo lo tenia  
y se lo presté.

MANUEL.

¿Eres hombre.  
de tanto caudal?

PERICO.

Se pinta  
én el día muy barato,  
y así no se necesita  
gran desembolso. Conozco  
retrato que se vendia  
al precio de una aleluya.

MANUEL.

Si el tuyo es, no lo valia.

PERICO.

A propósito: aquí tengo  
formada la consabida

cuenta, y si vd. no tuviese  
inconveniente, podia  
satisfacerse, y . . . .

MANUEL.

Pagarla:  
¿no es eso lo que querías  
decir?

PERICO.

Si señor, pagarla.

MANUEL.

Leela, pues.

PERICO.

Así principia.  
"Relación en cargo y data  
"de las deudas contraídas  
"en pro y contra de don Carlos  
"Goyeneche, Rojo y Silva,  
"cuyo deficit (si hubiere)  
"por la presente se obliga  
"á satisfacese su tío  
"Don Manuel. . . ."

MANUEL.

¡Qué tonterías  
estás leyendo! si quiares  
que te escuche, economiza  
encabezamientos, que  
no obligan; pero fastidian.

PERICO.

Como así se encabezaba  
toda cuenta en la oficina  
en donde trabajé....

MANUEL.

¿En cuál?

PERICO.

En la de un memorialista;  
y por lo tanto, pensaba....

MANUEL.

Al grano.

PERICO.

Dice en seguida:

“primeramente se deben  
“á don Podro Angel Zorrilla  
“mil y cuatrocientos reales  
“por diez meses y tres días  
“de servicio....”

MANUEL.

¿Quién es ése?

PERICO.

Soy yo.

MANUEL.

Te desconocía  
por el don.

PERICO.

Nunca lo usaba  
mientras que no me valía.

“Item: se debe también  
“á don Jorge Zacarías,  
“natural de Gibraltar,  
“prendero en las Maravillas,  
“y sobre todo...”

MANUEL.

Oyes, oyes,  
yo no paso esa partida.

PERICO.

¿Por qué?

MANUEL.

Porque huele á usura.

PERICO.

Pues mire vd., esa misma  
se ha gastado en socorrer  
á personas desvalidas.

MANUEL.

La caridad sin virtud,  
no socorre sino envicia.  
Adelante.

PERICO.

“Item: á varios  
“vecinos ó bien vecinas  
“de Madrid, catorce mil  
“y cien reales.”

MANUEL.

¡Tú deliras!  
¿catorce mil y cien reales?

PERICO.

¡Calla! ¿Con que usted se admira?  
Y si usted mismo encontrase  
quien le calce, quien le vista,  
quien le cubra la cabeza,  
quien le peine, afeite ó sirva,  
quien satisfaga su gula  
quien le mantenga berlina,  
quien le refresque ó divierta,  
quien le adule, quien le asista  
y todo aquesto, durante  
diez meses, ¿se admiraría  
dígame usted, de una cuenta  
que contiene tantas tripas?

MANUEL.

No tal.

PERICO.

Pues eso sucede  
á mi amo; mas no se aflija  
usted que también tenemos  
de personas conocidas,  
deudas á nuestro favor;  
y cobradas, equilibran  
las otras.

MANUEL.

Y ¿cuáles son?

PERICO.

¿Conoce vd. por su vida  
á don Martín de la Plaza?

MANUEL.

¿Quién, el famoso cambista?

PERICO.

Ese mismo.

MANUEL.

Ya se vé  
que le conozco: su hombría  
de bien, su mucha riqueza  
sen de todos conocidas.

PERICO.

Pues ese tal don Martín  
á quien tanto usted estima,  
cabalmente... no nos debe  
nada....

MANUEL.

¡Cómo!

PERICO.

Pero su hija  
tuvo un novio que murió  
de oficial de infantería  
en la batalla de Ocaña,  
y ese sí que nos debía  
muy cerca de cien doblones.

MANUEL.

La diferencia no es chica.

PERICO.

Era dinero cobrado,  
si viviera.

MANUEL.

¡Qué desdicha! (*con soflama*)

PERICO.

También tenemos pendiente  
una cierta cuentecilla  
con un francés jugador  
que se marchó á Normandía  
su patria, con el objeto  
de presenciar la vendimia,  
y debe volver muy pronto.

MANUEL.

¡Bribón! (*Le da un bofetón*)

PERICO.

¿Qué mosca le pica  
á usted?

MANUEL.

Tunante ¿me juzgas  
tan inepto, que podía  
tragar tamaños embuetes?  
No sé como....

PERICO.

¡Virgen mía!  
y ¿qué culpa tengo yo  
que en Francia se labren viñas?

MANUEL.

Dame el papel.

PERICO.

Tome usted.

MANUEL.

Así se paga en Castilla, (*le rompe.*)  
siempre que la mala fe  
semejantes cuentas dicta. *ve*

## ESCENA V.

PERICO, *solo*

PERICO.

¡Quedamos frescos! ¡Ay cielos  
que desventura la mía!  
y si don Carlos no gana,  
mi corazón pronostica  
que mi salario se cobra  
en uvas de Normandía.